

Arte español 1968-2011, algunas reflexiones personales

JUAN MANUEL BONET*

RESUMEN

Este artículo ofrece un recorrido personal y crítico del autor por el mundo del arte español, contrastando la situación en 1968, año en que fecha sus primeros pasos en el arte, con el panorama actual. Las páginas que siguen enumeran y describen los artistas y grupos que han protagonizado las distintas etapas, y el contexto institucional en que producían y ofrecían su trabajo al público, con la intención de subrayar cuánto se ha diversificado y enriquecido la oferta artística en España en las últimas décadas.

1. LOS ARTISTAS

Uno dio sus primeros pasos en el mundo del arte "circa 1968", y siendo muy joven, pues nacido en 1953. En la Sevilla de 1968 uno seguía el Mayo francés vía *Le Monde*, y pronto crearía con Quico Rivas el Equipo Múltiple, y correría delante de los "grises", y frecuentaría la Galería La Pasarela, que recibía muchas muestras procedentes de Madrid, es decir, de Juana Mordó. En la ciudad tenía estudio Fernando Zóbel, que había sido capaz de crear el Museo de Arte Abstracto Español de Cuenca, inaugurado en 1966, y absolutamente modélico. De las Escuelas Superiores de Bellas Artes, pocas y rancias, apenas llegaba señal alguna. De la crítica, leíamos a José María Moreno Galván en Triunfo, a José de Castro Arines en *Informaciones*, a Juan-Eduardo Cirlot en *La Vanguardia*, y a los de *Destino* (Joan Peruchó, María Lluïsa Borrás, Daniel Giralte-Miracle), y a Rafael Santos Torroella en *El Noticiero Universal*, y a Alexandre Cirici Pellicer en *Serra d'Or*, la revista de

la Abadía de Montserrat. *Gazeta del Arte* nos gustaba poco. Más *Nueva Forma*, aunque los artículos de Santiago Amón –con el cual pronto íbamos a coincidir en *El País*– se nos hacían largos. Nos entusiasmaba *Nueva Lente*. Aparte de Cuenca –Villafamés no terminaría de cuajar–, los pocos museos centrados en lo moderno y contemporáneo vivían en un casi completo letargo, y el Ateneo de Madrid ya no era lo que había sido en la época de El Paso. Las galerías al día eran pocas. Además de La Pasarela en Sevilla, contaban sobre todo Juana Mordó y Edurne y Seiquer y Skira y Eurocasa y Sen y Amadís y pronto Vandrés (luego Fernando Vijande) en Madrid; Gaspar y René Métras y Adrià en Barcelona; Val i 30 en Valencia; Grises en Bilbao, Mainel en Burgos; Conca en La Laguna... (De todas ellas sólo persisten Edurne en un nuevo avatar, esta vez escorialense, Val i 30, y Métras con sus hijos al frente).

No es mi intención seguir evocando aquella adolescencia de aprendiz de artista y pronto de crítico, pero si he empezado estas líneas casi en clave "Cuéntame cómo pasó", es porque una conclusión que se puede adelantar respecto de cuál es la situación actual del mundo del arte, es que ningún tiempo pasado fue mejor.

"Circa 1968", la escena estaba dominada por lo que quedaba de la Escuela de Madrid, dentro de la cual con el tiempo nos fijaríamos en Caneja y en Cristino de Vera; por la generación abstracta de Tàpies, Chillida, Oteiza, Guerrero, Antonio Saura y los demás de El Paso; por realistas como Antonio López García o Carmen Laffón; por geómetras (Elena Asins, Manuel Barbadillo, Julián Gil, Soledad Sevilla, Jordi Teixidor, José María Yturralde...) de la Nueva Generación que lideraba el pintor y crítico Juan Antonio Aguirre, algunos de los cuales pasa-

* Escritor y crítico de arte (mjmbonet@gmail.com).

rían luego a Antes del Arte, y al Centro de Cálculo de la Universidad de Madrid (CCUM), donde con los primeros ordenadores se pusieron a generar “formas computables”; por neo-figurativos como Juan Barjola, Juan Giralt, Luis Gordillo –otro de Nueva Generación–, Ángel Orcajo o Darío Villalba; y por pintores pop como Eduardo Arroyo, Juan Genovés o los equipos valencianos Crónica –tras la muerte de Rafael Solbes siguió en solitario Manuel Valdés– o Realidad. Un poco aparte, las propuestas Fluxus de los ZAJ, es decir de Juan Hidalgo, Walter Marchetti y Esther Ferrer, fueron lo más llamativo de una escena experimental donde también operaban el argentino Alberto Greco hasta su suicidio, y poetas experimentales como el uruguayo Julio Campal, Ignacio Gómez de Liaño o Fernando Millán.

Francesc Abad, Jordi Benito, Ferran García Sevilla, Antoni Llena con sus “obres febles”, Antoni Miralda, Antonio Muntadas, Carlos Pazos, Josep Ponsatí con sus monumentales *Inflables*, Joan Rabascall, Benet Rosell, Francesc Torres y Jaume Xifra, son algunos de los conceptuales catalanes más destacados. Todo esto lo seguíamos sobre todo vía las mencionadas crónicas de Cirici. Abad, Muntadas y Torres crearon el Grup de Treball (1973-1975) para poner el arte al servicio de la política y en concreto de la del PSUC, del cual *Treball* era la principal tribuna. Pero aquello no transcurrió sin polémica: Tàpies alzó en varias ocasiones su voz contra lo que consideraba utilitarismo de vía estrecha de aquellos correligionarios neófitos. Más débil fue el movimiento en el resto de España. En Madrid, por ejemplo, sólo cabe recordar las propuestas del diseñador gráfico Alberto Corazón –entonces él también militante comunista–, las de Nacho Criado –autor, en 1970, de un *Homenaje a Rothko*, y muy ligado a los ZAJ–, las de la también post-ZAJ Paz Muro, y sobre todo las de dos austriacos autores ambos de obras de gran esencialidad, Eva Lootz y Adolfo Schlosser. Nombres a los cuales cabe añadir los de Javier Utray e Isidro Valcárcel Medina, entonces casi invisibles, y hoy tan reivindicados ambos, el segundo con carácter póstumo.

Los memorables Encuentros de Pamplona, celebrados en 1972, financiados por la familia Huarte, y organizados por Alea, es decir, por Luis de Pablo y el ex-Nueva Generación José Luis Alexanco, supusieron, en pleno franquismo, el momento de máximo auge del conceptual español, y a la vez, del inicio de su caída. En 2009 José Díaz Cuyás ha reconstruido para el Reina Sofía aquella aventura en la cual confluyeron géométras y conceptuales, y los Crónica, y grandes figuras extranjeras.

El relativamente breve magisterio de Antonio López en San Fernando dio como fruto una floración de pintores realistas como Juan José Aquerreta, Florencio Galindo, Alfonso Galván, Clara Gangutia, Antonio Maya, José María Mezquita, Cayetano Portellano, Matías Quetglás, Daniel Quintero... a los que luego se sumarían otros como Rafael Cidoncha, Félix de la Concha, Hernán Cortés, Jesús Mari Lazkano, Víctor López-Rúa, Francisco Menéndez Morán, Joaquín Millán, Juan Moreno, Sebastià Ramis, Miquel Vilá... De todos ellos, Aquerreta en su Pamplona –recordemos también a Luis Garrido, Pedro Osés y Pedro Salaberri– y Mezquita en su Zamora, me parecen los más excepcionales.

Con la exposición *1980*, celebrada a finales de 1979 en un lugar tan emblemático como la sala que Juana Mordó tenía entonces en la calle de Castelló, Ángel González García, Quico Rivas y yo mismo dimos la batalla en pro de la pintura, sin hacer distinciones entre abstracción y figuración. Polémicos con “Crónicas” y conceptuales, tuvimos contundente respuesta de esos sectores. Al año siguiente insistió en lo mismo *Madrid DF*, celebrada en el Museo Municipal capitalino. Hitos ambas de los que uno, antólogo en 1994 de la colección que mejor los refleja (la del galerista Miguel Marcos), bautizó como *Los años pintados*.

Juan Antonio Aguirre, Carlos Alcolea, Jaime Aledo, Chema Cobo, Carlos Franco, Sigfrido Martín Begué, Herminio Molero, Rafael Pérez Mínguez, Guillermo Pérez Villalta, el ex-CCUM Manolo Quejido, son las principales voces de una cierta figuración “seventies” madrileña –aunque pocos de sus protagonistas nacieron en la capital–, deudora del pop y de voces a trasmano, y en clave más local del ejemplo del “senior” Luis Gordillo, y revisada en 2009 por la muestra del Reina *Los esquizos de Madrid*, comisariada por María Escribano. Por desgracia Alcolea, Martín Begué y Pérez Mínguez nos dejaron demasiado pronto, pero el resto sigue en sus trece, como siguen Bola Barrionuevo o Carlos Durán en Málaga, en una Costa del Sol neomoderna que ha sido parte importante de la mitología del tarifeño Pérez Villalta, y en la cual ahora vive su paisano Chema Cobo. Las plataformas de esta figuración habían sido sucesivamente Amadis, sala oficial (nada menos que de la Dirección General de la Juventud) dirigida entonces por Juan Antonio Aguirre; Daniel, que era una agencia de conciertos; y Buades, que abrió sus puertas en 1973, de la cual fui primer director artístico, y cuya aventura ha sido objeto en 2008 de una reconstrucción por parte del Museo Patio Herreriano de Valladolid, depositario de sus archivos.

José Manuel Broto, Joaquim Chancho, Gerardo Delgado –otro que había sido de Nueva Generación y del CCUM–, Xavier Grau, Carlos León, el japonés Mitsuo Miura, Diego Moya, Enrique Quejido, Manuel Salinas, Santiago Serrano o Gonzalo Tena son nombres significativos de la nueva abstracción española, deudora en sus inicios de lo sublime rothkiano, del minimalismo, y de la pintura-pintura francesa, incluidas –sobre todo en la revista *Trama*, de Broto, Grau y compañía– las propuestas teóricas de Marcelin Pleynet, que por aquellos años visitó España en varias ocasiones, y que en 1980 escribió atinadamente sobre la obra de José Guerrero, entonces reivindicado por este sector –y por los andaluces Julio Juste, Pablo Sycet y Juan Vida– como un faro.

Tras los años rothkianos y minimalistas, tanto los *Trama* –gran momento el que viven entonces Broto y Grau– como Carlos León evolucionaron hacia planteamientos de tipo “impresionismo abstracto”, siendo entonces importante la influencia sobre ellos, como sobre otros de sus colegas, de Sam Francis o de Joan Mitchell.

Superando la dialéctica figuración-abstracción, surgen “circa 1980” propuestas como las de Alfonso Albacete, Miguel Ángel Campano, Juan Lacomba o el arquitecto-pintor Juan Navarro Baldeweg, el último de los cuales contaba con un brillante pasado conceptual y norteamericano a sus espaldas. Especialmente deslumbrante Campano: *Vocales* a partir de Rimbaud, estaciones del año a partir de Poussin, montañas Sainte Victoire y *Mistral* sobre los pasos de Cézanne, bodegones, “vanitas”...

Surgido en aquel mismo cambio de década, Atlántica aglutinó, en clave galleguista, a pintores como Menchu Lamas, Antón Lamazares o Antón Patiño, entonces pendientes de Mitteleuropa y su neo-expresionismo, que compatibilizaban con el ejemplo de Luís Seoane, de Laxeiro o de los poetas del Noroeste.

Grandes nombres de los ochenta, también neo-expresionistas en sus inicios: Miquel Barceló, Victoria Civera, Luis Claramunt, Ferran García Sevilla, Víctor Mira, José María Sicilia, Juan Uslé, Xesús Vázquez... El primero simbolizó mediáticamente la emergencia de una generación bien conectada con Europa y América, pero ha demostrado ser más que un fenómeno pasajero. Tampoco lo han sido los otros: ni un García Sevilla que ahora renace tras años de relativo silencio, ni un Mira desgarrado entre la España negra y la Alemania de su suicidio, ni un Sicilia esencial como pocos, ni una Victoria

Civera y un Uslé que han sabido renovar el idioma de la abstracción entre lo lírico y lo constructivo, ni un Vázquez hondo y literario y que merece mayor atención de la recibida hasta ahora, y lo mismo diría de Claramunt, con la agravante de que se trata de un artista ya desaparecido.

En el ámbito del dibujo y la ilustración, la Movida madrileña y sus equivalentes barceloneses fueron el ámbito en el cual se movieron Ceesepe, el efímero dúo Las Costus, César Fernández Arias, El Hortelano, Javier de Juan, Mariscal, Max, Montesol, Nazario, el muy pintor Perico Pastor...

Por aquellos años hicieron mucho por Barceló y por otros pintores, y en términos generales por el prestigio bohemio del oficio, los programas televisivos de Paloma Chamorro, de los cuales por desgracia no existe hoy ningún equivalente solvente. Paloma Chamorro era una crítica más de nuestra generación, la de su colaborador el ya mencionado (como parte del Equipo Múltiple) Quico Rivas –lo principal de los archivos de este acaba de ingresar en la biblioteca del Reina–, de los asimismo entonces televisivos Fernando Huici y Mariano Navarro, del tandem Francisco Calvo Serraller y Ángel González García, de Dámaso Santos Amestoy, de Eduardo Alaminos, de Marcos Ricardo Barnatán, de Miguel Fernández-Cid... Importancia como plataforma, de 1976 en adelante, del diario *El País*. Importancia luego del suplemento sabatino de *Pueblo*, y de *Diario 16* y del Salón de los 16, fundado en 1981 por Miguel Logroño, y continuado por Fernández-Cid.

Sobre los pasos de Broto o de Sicilia, la abstracción lírica: Darío Álvarez Basso, José Bellosillo, Ramón Canet, Pedro Castrortega, Ricardo Cavada, José Manuel Ciria, Naco Fabrè, Luis Fega, un Jorge Galindo que derivó en “collagiste” y en neo-picabiesco, Lluís Lleó, el feldmaniano Eduardo Martín del Pozo, Mon Montoya, Ruth Morán con sus dibujos expandidos, Felicidad Moreno, Nico Munuera, Antonio Murado, Alberto Reguera, Manuel Rey Fueyo y su *Memoria del óxido*, Javier Riera, Ángeles San José, Darío Urzay...

En escultura, tras varias décadas de marasmo, los ochenta, anunciados en 1984 por *En tres dimensiones*, comisariada por María Corral para la Caixa, fueron una gran época, con, entre otros, Sergi Aguilar –uno de los escultores a los cuales el Ayuntamiento de Barcelona, dentro de un ambicioso plan, encargó una pieza para la calle–, Txomin Badiola, Ángel Bados, Evaristo Bellotti, el enigmático Pepe Espaliú –alma que fue del grupo sevillano en torno a la revista *Figura*–, José Herrera, Cristina Iglesias

con sus arquitecturas simbólicas –ver por ejemplo las puertas del nuevo Prado–, Pello Irazu, el ex-atlántico Francisco Leiro, Ángeles Marco, Juan Muñoz –cuya fama póstuma crece día a día– con sus personajes solitarios o en grupo, Miquel Navarro con sus ciudades, un Jaume Plensa cada vez con mayor proyección internacional, Josep Maria Riera i Aragó, el postminimalista Fernando Sinaga, Susana Solano que también ha encontrado notable eco fuera de nuestras fronteras... a los cuales luego se han ido sumando Mayte Alonso, Juan Asensio, Carlos Balbás, Arturo Berned, Isidro Blasco, Adrián Carra, Antonio Crespo Foix con sus *Urdimbres*, la argentina Laura Lío, Evarist Navarro, Mar Solís, Jorge Varas...

No exactamente escultora, Carmen Calvo se ha decantado por la construcción de cajas e instalaciones, y por un arte de la memoria, con conexiones con el de Joseph Cornell, algo que también puede decirse de Almudena Armenta, Mar Arza, Miguel Ángel Blanco –morador de la *Biblioteca del Bosque*–, Manuel Bouzo, Fernando Díaz Ge o la biblioclasta Alicia Martín. La evolución coleccionista y memoriosa de Carlos Pazos también lo ha llevado a este ángulo de la escena.

Volviendo a la geometría, por ese lado laboran Eduardo Barco, Lola Berenguer, la post-minimalista Rosa Brun, el argentino y sutil Alejandro Corujeira, Rufo Criado, Emilio Gañán, Juan Gopar, Ángel Guache que compatibiliza pintura y poesía, Miquel Mont, Luis Palmero –único en su modo de conciliar construcción y temblor de lo real canario–, el francés Christophe Prat, David Rodríguez Caballero o Javier Victorero, siendo de destacar una cierta línea valenciana post-Yturralde, con nombres como José Luis Cremades, Ferran Gisbert o el británico Oliver Johnson.

Geometría y organicidad dialogan en una de las obras más singulares de la actual escena, la de Daniel G. Verbis, gordillesco por algún lado, pero con una poética absolutamente personal.

Para un sector de la crítica la figuración es cosa de la prehistoria, y sin embargo para otros, entre los cuales me encuentro, constituye un fenómeno de verdadero interés. Desde finales de los años ochenta se ha consolidado a contracorriente una cierta línea neo-metafísica, liderada por Dis Berlin –inolvidable su llamada “Época azul”, y fascinante su trayectoria toda, que a mi entender es la del artista de mayor voracidad visual y mayor curiosidad intelectual de su generación–, y dentro de la cual destacan algunos cartageneros (Ángel Mateo Charris y Gonzalo Sicre, con su plataforma La Naval), valencianos (Enric Balanzá, Calo Carratalá,

Juan Cuéllar, Pedro Esteban, Marcelo Fuentes, Joël Mestre, Manuel Sáez), andaluces (Antonio Rojas), asturianos (Chechu Álava, Melquiades Álvarez, Reyes Díaz, Juan Fernández, un Miguel Galano cuya exposición más memorable ha sido sin duda *Corotiana* que se celebró en el Museo de Bellas Artes de Asturias, Pelayo Ortega, Luis Rodríguez Vigil), cántabros (Emilio González Sáinz, José Luis Mazarío), navarros (Elena Goñi), y hasta catalanes (Ramiro Fernández Saus, Oriol Vilapuig) y madrileños o asimilados (Andrea Bloise, Juan Correa, Damián Flores cuya especialidad es la memoria de un cierto Madrid funcionalista, Carlos García-Alix con su memoria del arrabal y de la guerra civil, María Gómez, la holandesa Angie Kaak, Juan Carlos Lázaro, Elena Martí Zaro, Teresa Moro, Chema Peralta, Alberto Pina, Sara Quintero, Sergio Sanz)... Esta línea ha contado con el apoyo de algunas galerías, sobre todo de My Name’s Lolita (Valencia y hoy Madrid), de la santanderina Siboney, y de las madrileñas Estampa y Utopia Parkway.

“Outsiders” dentro de la figuración son Pepe Cerdá –pintor doblado de escritor–, Jerónimo Elespe, Hugo Fontela con sus paisajes esenciales, Chus García-Fraile y su mirada sintética sobre el urbanismo de nuestro tiempo, Alvar Haro con sus bosques centroeuropeos soñados y sus erotismos de alto voltaje, Abraham Lacalle, Santiago Mayo –autor de pequeños cuadros de tono morandiano, que coexisten con mínimas y sutiles construcciones–, el singular y obsesivo dibujante que es Javier Pagola, el colombiano Willy Ramos en su mundo luminoso, el neosimbolista y hondo Juan Carlos Savater, José Ángel Sintés, Juan Ugalde (ex-miembro del colectivo radical Estrujenbank), Julián Valle...

En la escena vasca, para la transformación de la cual fue decisivo el establecimiento de la Facultad de Bellas Artes de Bilbao, y luego la creación, en San Sebastián, de esa rara Bauhaus fin de siglo que es Arteleku, destacan Javier Alkaín, José Ramón Amondarain, Txaro Arrazola, Judas Arrieta, Joseba Eskubi, Alejandro Garmendia –entre la pintura y el fotomontaje–, un Kepa Garraza que entra a saco en los museos, Alfonso Gortázar, Iñaki Gracenea, Ismael Iglesias, Aitor Lajarín, el tintinesco Edu López, Pablo Milícua, Moisés Moreno o Manu Muniateguiandikoetxea. Curiosamente hay en varios de ellos, una relectura de la poética gordillesca. En Galicia tienen interés las propuestas de Vicente Blanco o de Juan y Salvador Cidrás. Tras la generación de *Figura* (además de Espaliú, pintores como Rafael Agredano, Patricio Cabrera, Ricardo Cadenas, Curro González, Federico Guzmán o Guillermo Paneque), en Sevilla ha surgido un grupo muy dinámico y fres-

co, al cual pertenecen Miki Leal, José Miguel Pereñíguez y Cristóbal Quintero, entre otros. En la vecina Granada están Ángeles Agrela, José Piñar con sus abstracciones de gran limpieza, Simón Zabell... En Valencia, además de los neometafísicos y de los geómetras post-Yturralde antes referidos, trabajan nuevos abstractos como Sergio Barrera o Juan Olivares, figurativos raros como Carolina Ferrer o Javier Garcerá o María Ortega, una constructora dispersa como Regina de Miguel, un dibujante compulsivo como Moisés Mahiques...

Estos últimos tiempos, ha habido una inflación conceptual, que a uno le recuerda fenómenos similares, "circa 1968". Hay un sector radical: el colectivo Democracia (antes El Perro), Rogelio López Cuenca (en su día miembro del colectivo malagueño Agustín Parejo School), Pedro G. Romero (en su día miembro del colectivo sevillano Juan Delcampo), Domingo Sánchez Blanco, Fernando Sánchez Castillo, y sobre todo el radical entre los radicales, Santiago Sierra, cuyas provocaciones han alcanzado proyección internacional. Por ese lado están hoy a la orden del día –ni que decir tiene que no es mi "cup of tea"– el género, las colectivas temáticas, los nuevos medios y especialmente el arte en la red, los discursos neo-izquierdistas y neo-situacionistas que proliferan precisamente en Internet, y de los cuales puede encontrarse un espeso resumen en los catálogos del ciclo *Desacuerdos*, iniciado por varios museos y centros de arte en 2005, pero que no parece tener fin, hasta tal punto hace acopio minucioso de antecedentes, en la búsqueda de una versión política y sesgada de las últimas décadas... En clave más templada, Antoni Abad, Ignasi Aballí, Ana Laura Aláez –que recientemente ha dado un interesante giro hacia una escultura de cierto aire neo-surrealista–, Lara Almarcegui, Chema Alvargonzález, Daniel Canogar, Jordi Colomer, Alicia Framis, Susy Gómez, Íñigo Manglano-Ovalle, Mireya Masó, Marina Núñez, Jesús Palomino, el siempre literario y laberíntico Perejaume, el sutil Javier Pérez, Sergio Prego, Eulàlia Valldosera, Mayte Vieta... Nombres a los cuales hay que sumar a latinoamericanos afinados aquí, como el cubano Carlos Garaicoa, el venezolano Alexander Apóstol, o el brasileño y activísimo Marlon Azambuja.

Un fenómeno al cual acabo de dedicar una colectiva de título michauxiano (*Aventuras de líneas*, Galería Eva Ruiz, Madrid, 2011), es el peso que va adquiriendo entre los nuevos, la práctica del dibujo. Algunos nombres: Miguel Brieva, Abigail Lazkoz, Almudena Lobera, Juan López, Guillermo Martín Bermejo, Santiago Morilla, Fernando Renes con sus dibujos animados, el arquitecto Luis Úrculo...

Un arte que "circa 1968" se valoraba poco y se consideraba poco menos que como una artesanía, y que ahora interesa cada vez más, es el de la fotografía, que cuenta con cada vez más galerías –en Madrid destaca La Fábrica, que también es editorial–, y librerías, y escuelas, y publicaciones, y premios, empezando por el Nacional, que antes no existía. Instituciones interesantes son, en Barcelona, Colectania; en Tarragona, la Fundació Forum; y en la periferia de Madrid, la colección del Ayuntamiento de Alcobendas. Maestros "fifties" todavía en activo como Joan Colom, Ramón Masats, Oriol Maspons, Carlos Pérez Siquier, Leopoldo Pomés o Alberto Schommer, reciben homenaje tras homenaje, y lo mismo les sucede, dentro de una generación más joven, a Luis Baylón, Javier Campano, Carlos Cánovas, Vari Caramés, Juan Manuel Castro Prieto, Toni Catany, Manel Esclusa, Joan Fontcuberta el fingidor –el fotógrafo español internacionalmente más presente y reconocido–, un Alberto García-Alix que es mucho más que ese tópico al cual a veces se le reduce mediáticamente de "el fotógrafo de la movida", Cristina García Rodero, Manuel Laguillo con su impecable trabajo sobre la ciudad, ese poeta del objeto que es Chema Madoz, Ouka Lele, la maravillosa bodegonista Pilar Pequeño, Luis y Pablo Pérez-Mínguez, o Javier y Valentín Vallhonrat. Se consolidan Luis Asín, Sergio Belinchón, Jordi Bernadó, Bleda y Rosa, Félix Curto, Ricky Dávila, José María Díaz Maroto, Pablo Genovés, el francés Pierre Gonnord, Margarita González, Ciuco Gutiérrez, Fernando Maquieira, Ángel Marcos, Óscar Molina, Isabel Muñoz, José Manuel Navia, Aitor Ortiz con sus severas arquitecturas, Juan de Sande, Manuel Sonesca, Montserrat Soto, el escocés Adrian Tyler, Luis Vioque, Begoña Zubero...

Hibridaciones: José Manuel Ballester empezó como pintor realista, pero aunque sigue cultivando el arte de los pinceles, ha sido su obra fotográfica, centrada en la ciudad (su Madrid natal, Berlín, Shanghai y otras de China, São Paulo, Rio, Brasilia) y la arquitectura, la que le ha valido su reciente Premio Nacional. Más ocasionalmente, también Uslé ha realizado incursiones fotográficas.

Muchos de nuestros artistas eligen marchar lejos. París aglutinó desde comienzos de los ochenta, en un fenómeno de repetición histórica, a Barceló, Broto, Campano –el primero en llegar, cuando la pintura-pintura– y Sicilia, a los cuales se unirían luego Chechu Álava, Miquel Mont, Reguera... Nueva York atrajo a Badiola, Victoria Civera, Elespe, Irazu, Leiro, Murado o Uslé, y ahora que la mayoría se han vuelto, viven la misma experiencia Isidro Blasco, Ciria, Fontela, Abigail Lazkoz, Íñigo Manglano-Ova-

lle, Fernando Renes o David Rodríguez Caballero, mientras Félix de la Concha trabaja en Iowa City, y Aitor Lajarín, en Los Angeles. Berlín retuvo al desaparecido Chema Alvargonzález o a Lamazares. Y luego están las escapadas de Barceló a Mali o de Federico Guzmán a Colombia o de Ballester a China o Brasil o de Mireya Masó a la Antártida, el afinamiento de Santiago Sierra en México o de Judas Arrieta en China... Y a la inversa, están los no pocos forasteros –he mencionado a bastantes– que se insalan entre nosotros.

2. EL CONTEXTO

Arco, la feria de arte de Madrid, cuya primera edición se celebró en 1982, fue sistemáticamente criticada, casi desde un primer momento. Antonio Saura convirtió el denuesto a Arco, generalmente en las páginas de *El País*, en algo parecido a lo que es el denuesto a los toros, por parte de Manuel Vicent, en las mismas páginas. Y sin embargo, con todo el cariño y la admiración que le tuvimos siempre al pintor, nunca pensamos en que, en esto, tuviera razón. Arco ha conocido momentos y ha tenido aspectos penosos, pero cumplió un papel absolutamente fundamental en la puesta al día del mercado español. Por ahí entraron una serie de realidades nuevas, como el nuevo expresionismo alemán o la transvanguardia italiana, y desde Arco saltaron al mundo algunos de nuestros artistas, entre otros Barceló. Arco ha contribuido decisivamente a formar nuevas generaciones de coleccionistas. No se termina de entender el empeño que en la feria ha habido –sobre todo en la penúltima etapa– de favorecer la juvenalia, reduciendo en cambio lo histórico, y echando a salas veteranas y meritorias. La feria de Basilea debe parte de su éxito precisamente a lo contrario, a su capacidad integradora.

La realidad que reflejan Arco y demás ferias –ni a su derecha ni a su izquierda se ha consolidado ninguna–, es la de un galerismo pujante y muy diversificado, aunque los efectos de la crisis se notan, y han bajado mucho las ventas. Imposible pretender citar a todas las que merecen la pena. En Madrid el núcleo más potente lo integran Juana de Aizpuru, Álvaro Alcázar, Helga de Alvear, Oliva Arauna, Magda Bellotti, Elba Benítez, Pepe Cobo, Heinrich Ehrhardt, Max Estrella, Fúcares (que además mantiene su vieja sede manchega de Almagro), Elvira González, Soledad Lorenzo y Pilar Serra, más Javier López, que con su colega portugués Mário Sequeira como socio, abrió el año pasado, con una muestra buení-

sima de Alex Katz, un espectacular espacio en La Florida, firmado por Nacho Vicens. Pero cuentan también las tres galerías figurativas antes citadas, y otras salas, veteranas como Aele o May Moré, y ambición como Distrito 4 o Pilar Parra, de gráfica como La Caja Negra, rompedoras como Espacio Mínimo o Travesía 4, y así sucesivamente. A lo histórico se dedican Leandro Navarro, Guillermo de Osma, Miguel Fernández-Braso en Juan Gris, Cayón, José Ramón Ortega... En Barcelona junto a veteranos como Gaspar, Métras, Carles Taché o Miguel Marcos –que empezó en Zaragoza, y a cuya gran colección de pintura he hecho antes referencia–, surgen otros como Toni Estrany, Nogueras-Blanchard, Víctor Saavedra o Alejandro Sales, ocupándose de lo histórico Mariana Draper en Dalmau, Paco Rebés en a34, los Barbié padre e hijo, Oriol... En Valencia, donde siguen adelante las veteranas Val i 30 y Punto, son de destacar Luis Adelantado o Paz y Comedias. En Sevilla, Rafael Ortiz o Alarcón Criado (antes Full Art). Bilbao es tierra de Vanguardia, de Windsor, de Chema Lumbreras. San Sebastián es Altxerri; Vitoria, Trayecto; Pamplona, Moisés Pérez de Albéniz. Pero el abanico es amplísimo, y habría que citar también galerías de Badajoz, Cáceres, Castellón de la Plana, Gijón, Málaga, Orense, Palma de Mallorca, Santander, Santiago de Compostela, Vigo... En Las Palmas, es muy coherente el trabajo de Manuel Ojeda, y en Tenerife el de Leyendecker, plataforma de muchos extranjeros afincados en el archipiélago o vinculados al mismo, como Jiri G. Dokoupil, Salvo, Robert Greene, Roberto Cabot...

Hay pocos datos sobre coleccionismo, tema especialmente opaco en nuestro país, por obvias razones fiscales, pero de vez en cuando se organiza alguna muestra en torno a lo reunido por algún "*proud possessor*", por ejemplo Lalo Azcona, Manolo Escobar, Fernando Meana, Pilar Citoler, Jaime Sorodo, en el campo específico de la fotografía, Ordóñez-Falcón o Lola Garrido.

He hecho antes referencia a la Facultad de Bellas Artes de Bilbao. Frente al exiguo número de Escuelas "circa 1968", ahora hay Facultades por todas partes. Se han transformado bastante la de Barcelona –de la cual durante un tiempo fue decano Joan Hernández Pijuán–, la de Sevilla –en cuyo profesorado figuró Carmen Laffón–, la de Valencia, e incluso la de Madrid. De las de nueva creación han sido importantes la de Altea, la de Cuenca –sin duda la más rupturista–, la de Granada, la de Pontevedra, la de Salamanca...

Volviendo a los años de la Transición, fundamental fue la labor durante los mismos de la Fun-

dación Juan March. Habida cuenta de lo lento y complicado que fue el proceso de cambio en el Ministerio de Cultura, nuestra generación hubiera tenido mucha peor educación estética si no llega a ser por la Fundación, por cuya sede central madrileña han desfilado, en cuidadas retrospectivas, artistas como –fuera del frío orden alfabético, intento más o menos reconstruir una secuencia histórica, aunque la lista es forzosamente incompleta– Monet, Bonnard, Picasso, Matisse, Braque, Léger, los Delaunay, Chagall, Wyndham Lewis, Beckmann, Kandinsky, Klee, Mondrian, Malevich, Schwitters, Georgia O’Keeffe, Tarsila do Amaral, Alexander Deineka, Max Ernst, Giacometti, Magritte, Delvaux, Cartier Bresson, Hopper, Cornell, Ben Nicholson, Bacon, Dubuffet, Rothko, Willem De Kooning, Gottlieb, Motherwell, Noguchi, Diebenkorn, Richard Lindner, Irving Penn, Rauschenberg, Warhol, Lichtenstein, Hockney... Un balance espectacular, central, de fábula, al cual hay que añadir el legado hecho a la Fundación en 1980, por Fernando Zóbel, de su Museo de Arte Abstracto Español de Cuenca, que veía así asegurada su continuidad.

En el campo de los museos de nueva creación, la primera referencia ha de ser lógicamente para el Reina. Heredero de los de arte moderno y contemporáneo de ámbito estatal que se han sucedido desde los años veinte del siglo pasado, y especialmente del MEAC, que Franco había inaugurado unos meses antes de su muerte, el Reina, un proyecto de Javier Solana y de Carmen Giménez, ha tenido una historia en la cual no han faltado los sobresaltos, y sin embargo tiene la virtud de existir, en un edificio del XVIII rehabilitado, y en una ampliación de Jean Nouvel que falla precisamente... en sus espacios destinados a exposiciones. Los años de UCD, capitaneados en este terreno por Javier Tusell, habían sido los de la reconciliación nacional, también en lo artístico: las retrospectivas pendientes de Picasso, Miró, Dalí, Renau, Tàpies, Saura, Guerrero... Los primeros del PSOE, los de la conexión internacional, con muestras clave en la Casa de las Alhajas, en las Salas Pablo Ruiz Picasso, y en los Palacios de Velázquez y Cristal. El Reina iba a convertirse en el gran museo de la democracia, tanto con el PSOE, como con el PP.

Donde el Reina es infinitamente mejor que sus predecesores, es en su colección. Con el *Guernica* de Picasso en su centro –y su trabajo cuesta que ahí siga–, es una colección que en arte español empieza a tenerlo casi todo, y que es especialmente rica en Solana, el propio Picasso, Juan Gris, Miró, Dalí, Benjamín Palencia y otros vallecános, Tàpies, Saura y el resto de los de El Paso, Guerrero, Sem-

pere, Chillida, Oteiza, Palazuelo, Arroyo, los realistas, la fotografía de la misma generación... Internacionalmente la colección es peor, y sin embargo hay Braque, Léger, Morandi, Cornell, Calder, Rothko, Motherwell, Twombly, Fontana, Bacon, Kitaj, Alex Katz, Richard Serra (aquella pieza de tantas toneladas que increíblemente se perdió)... y así sucesivamente, hasta llegar a la fotografía de la escuela de Düsseldorf, o a los nuevos brasileños... Me gusta haber programado ahí a Solana, Juan Gris, Vázquez Díaz, Alberto, Gaya, Caneja, Oramas o Ponce de León, o los *Ismos* de Ramón Gómez de la Serna, y en vanguardias internacionales a Alfred Stieglitz, Vicente Huidobro, Xul Solar, Hannah Höch o al Black Mountain College, y en lo contemporáneo a Francis Alÿs, Ballester, Olafur Eliasson, Espaliú, Andreas Gursky, Axel Hütte, Guillermo Kuitka, Panamarenko, Ed Ruscha, Uslé... Últimamente el museo va por otro lado, concentrándose en una cierta genealogía post-1960 y post-pop y pre o para o post-conceptual.

Si lo principal de la acción del Estado en materia de arte moderno y contemporáneo lo vehicula el Reina, es muy importante también la del Instituto Cervantes, y la de la sociedad AC / E, resultado de la fusión entre otras de la misma naturaleza, SEACEX, SECC y SEEI.

Complementario del Reina ha sido el Thyssen, edificio reformado por Rafael Moneo. Gracias a este museo de estatuto raro, ahora completado por otro centro en Málaga, además de poder contemplar el trabajo de muchos maestros no representados en el Prado, contamos con obras de artistas de las vanguardias históricas –especialmente de Mitteleuropa– ausentes de nuestro museo del siglo XX. Memorables retrospectivas como la de Corot o la de López García.

Si desde el principio el Thyssen fue un museo generalista, como debe ser teniendo en cuenta la naturaleza de su colección, en cambio es más extraño ver cómo el Prado, recientemente ampliado por Moneo, le hace la competencia al Reina, programando a Picasso, a Bacon o a Twombly, artistas que por ley le corresponden al museo benjamín... Por lo demás, excelentes han sido algunas de estas muestras, y por supuesto otras que son aquellas en las cuales el Prado debe centrarse, como la de Vermeer, o la reciente de Chardin.

El IVAM, museo dependiente de la Generalitat Valenciana, edificio de Emilio Giménez y Carlos Salvadores, abrió sus puertas en 1989. El núcleo fundacional de su colección lleva el sello de Tomás

Llorens, que fue quien puso en marcha el instituto: un excepcional conjunto de Julio González, un bonito pero un poco fuera de lugar depósito de la familia de Ignacio Pinazo, otro de la Fundación Renau, núcleos selectos de Tàpies, Saura, Millares, Sempere, los Crónica, Arroyo... Después se han ido definiendo más núcleos: la geometría europea de entreguerras, la abstracción norteamericana de la posguerra, el pop, la fotografía, la tipografía de vanguardia tanto europea como española... Algunas cosas que programé ahí: el realismo mágico, el ultraísmo, la Valencia racionalista, el objeto surrealista, Érik Satie, Klee, Morandi, el Buenos Aires de Horacio Coppola, Juan-Eduardo Cirlot, Joan Mitchell, Alex Katz, Bernard Plossu, Helmut Federle, Dis Berlin, *Brasil de la antropofagia a Brasilia*... Pero poco tiene que ver el IVAM de ahora, con todo esto...

Dependiente de la Diputación de Valencia, el vecino MUViM, edificio de Guillermo Vázquez Consuegra, no tiene colección permanente, pero ha programado muy imaginativamente, en una línea con mucha insistencia en el cartel y la publicidad, la tipografía, la fotografía, y así sucesivamente.

El CAAM de Las Palmas de Gran Canaria, genial sueño tricontinental del escultor Martín Chirino, instalado en un viejo edificio de Vegueta reformado por Javier Sáinz de Oiza, inició su andadura el mismo año que el IVAM, y lo hizo con mi exposición *El surrealismo entre Viejo y Nuevo Mundo*. Seis años más tarde, reicidí con *El poeta como artista*. Memorables fueron las varias muestras sobre arte latinoamericano o arte africano, la de Ana Vázquez de Parga sobre el *Simbolismo en Europa / Néstor en las Hespérides* (1990), las de Emmanuel Guigon sobre los *Automatismos paralelos* (1992) y sobre *Gaceta de Arte y su época* (1997), la *Corona roja sobre el volcán* (1996) de Quico Rivas, las *Islas* (1997) de Orlando Brito, la de Denise René, las dedicadas a Henryk Stazewski o al arquitecto funcionalista local Miguel Martín Fernández de la Torre... Políticos torpes terminaron cansando al fundador. Luego vinieron años de marasmo. Todavía es una incógnita saber si el CAAM volverá a ubicarse con fuerza en el mapa español y mundial, o si seguirá siendo un museo correcto más.

En el propio archipiélago, el TEA de Santa Cruz de Tenerife, cuyo maravilloso edificio es de Herzog y De Meuron, no ha terminado de encontrar su rumbo, ni —a diferencia de lo que sucedió con el CAAM de los buenos tiempos— ha puesto la isla en el mapa. En principio centrado en la figura de Óscar Domínguez (de hecho inicialmente se llamaba IODACC, Instituto Óscar Domínguez de Arte y Cul-

tura Contemporánea) y en el surrealismo, viró a lo último.

El MACBA de Barcelona, edificio de Richard Meier, no termina de tener una colección realmente a la altura. Su programación es de las más contemporáneas, aunque también ha mirado a Palazuelo, a Gordillo, a Uslé o a Blinky Palermo. Casi a su sombra está el dinámico CCCB, donde recordamos la maravillosa muestra de Jean Clair sobre el *Cosmos* (1999), o dentro del ciclo sobre escritores y ciudades, la del Buenos Aires de Borges. No muy lejos, el Centre d'Art Santa Mònica, está haciendo algunas cosas de interés, en la línea de KRTU.

Caso aparte es el Guggenheim de Bilbao, a cuya génesis estuve ligado en tanto que único miembro no-vasco de su primera comisión asesora, presidida por Joseba Arregui, que entonces y ahora me parecía y me parece uno de los políticos más sensatos de esa tierra. Su espectacular edificio de Franck Gehry, y unas cuantas muestras-estrella (de, entre otros, Kiefer, Oteiza, Rauschenberg, Rothko o Richard Serra), han hecho de él el símbolo de un País Vasco que quiere estar en el mundo, y no sólo en la aldea.

El CGAC de Santiago de Compostela, edificio de Álvaro Siza, es un hermoso contenedor. Tuvo épocas realmente brillantes. Ahora no está claro el rumbo, algo que también puede decirse del MARCO de Vigo, centrado sólo en lo contemporáneo, o del MACUF de La Coruña.

El MEIAC de Badajoz, instalado en una antigua cárcel, despertó gran expectación, por su voluntad de conectar con el vecino Portugal y con Latinoamérica. Aunque tiene buena colección y ha organizado más de una muestra interesante, se ha quedado en menos de lo esperado, debido principalmente a un presupuesto exiguo. Con fuerza acaba de echar a andar, en la vecina Cáceres, el espacio que alberga la colección de Helga de Alvear.

El Museo Patio Herreriano de Valladolid, ya citado a propósito de la muestra en torno a Buades, posee una magnífica colección de arte español del siglo XX, reunida por una serie de grandes empresas. Ha organizado alguna otra muestra interesante, como la dedicada a la hoy centenaria Ángeles Santos, o la citada de Buades.

En Sevilla, la Junta de Andalucía cuenta con el CAAC, instalado en el antiguo Monasterio de La Cartuja, es decir, a una distancia disuasoria de la ciudad. Su programación ha tenido buenos momen-

tos –por ejemplo la muestra sobre el grupo fotográfico almeriense AFAL, la dedicada a las geometrías españolas, o la retrospectiva del Equipo 57–, pero siempre ha sido un museo a medio gas.

En Palma, el Ayuntamiento puso en marcha, sobre la muralla, Es Baluard, inicialmente escaparate de la colección particular del empresario de prensa Pedro Serra. Ahora el museo se encuentra en una etapa de mayor actividad, y de mayor apertura a la ciudad, en la que también hay que destacar el Museu March, y el Casal Solleric, mientras en la vecina Ibiza hay un veterano Museu d'Art Contemporani.

En Marbella existe un Museo de Grabado Español Contemporáneo, único en su género.

Museos o centros jóvenes son el MUSAC de León, el DA2 de Salamanca, el CAB de Burgos, ARTIUM de Vitoria –el único que ha realizado alguna incursión histórica, pues su colección en gran medida lo es–, La Panera de Lérida, el EACC de Castellón de la Plana –donde hubo una muestra en torno a John Cage–, el CA2M de Móstoles... Destaca el primero, ubicado en un edificio-manifiesto de Tuñón y Mansilla, y que ha colocado la ciudad en el mapa internacional, con exposiciones de artistas como Ana Laura Aláez, Salvador Cidrás, Jorge Galindo, Carmela García, Dominique González-Foerster, Pierre Huyghe, Ángel Marcos, Felicidad Moreno, Shirin Neshat, Marina Núñez, Pipilotti Rist, Ugo Rondinone, Fernando Sánchez Castillo, Sinaga, Verbis...

Más híbrido, y con un modelo de gestión privada que ha sido discutido –pero que a la postre está funcionando–, el CAC de Málaga, ubicado en un mercado de los años cuarenta obra de Luis Gutiérrez Soto, ha tenido la virtud de atender también a la pintura, bastante olvidada, cuando no vetada, en la mayoría de los demás sitios. Expresiva esta lista de algunos de los artistas de los pinceles que han celebrado ahí individuales: Barceló, James Brown, Victoria Civera, Chema Cobo, Carlos Durán, Eric Fischl, Curro González, Alex Katz, Jason Martin, Julian Opie, Pérez Villalta, Neo Rauch, Daniel Richter, Gerhard Richter, Julião Sarmiento, Wilhelm Sasnal, Luc Tuymans, Uslé, Simon Zabbell, Peter Zimmermann...

Sin dejar Andalucía, está la experiencia privada de Fundación NMAC Montenmedio, en la localidad gaditana de Vejer de la Frontera: importantes intervenciones en la naturaleza.

De momento la recién inaugurada Ciudad de la Cultura de Santiago de Compostela es una

incógnita, que cuenta con la baza de un soberbio (pero complicado) edificio de Peter Eisenman. El Centro Niemeyer de Avilés, merece la pena por lo mismo, por la arquitectura del brasileño centenario que le da nombre, pero apuesta más por el espectáculo mediático y por la taquilla, que por la reflexión.

Destacar la capacidad de renovación que han demostrado pinacotecas de toda la vida como el MNAC de Barcelona, renovado por Gae Aulenti, y donde han sido magníficas algunas exposiciones fotográficas, o la retrospectiva de Yves Tanguy; el Museo de Bellas Artes de Bilbao, entre cuyos hitos brilla, en 1999, la muestra en torno al bodegón español, comisariada por Calvo Serraller; el Museo de Bellas Artes de Asturias, en Oviedo, con su gran colección de Luis Fernández, y ya mencionado a propósito de Galano y su *Corotiana*; el Museo de Albacete, donde el arte ibérico coexiste con la pintura de Benjamín Palencia; el Museo de Santander, últimamente muy contemporáneo; el Museu Jaume Morera de Lérida, donde se ha recuperado a Leandre Cristòfol, a Antoni García Lamolla o al raro Miguel Viladrich; el Museo de Montserrat, al cual Sean Scully ha donado un cuadro magnífico; el MUBAG y el MACA de Alicante, siendo el núcleo de partida del segundo la colección particular de Sempere; o en Madrid el Museo de la Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Hablando de pinacotecas de toda la vida, siempre destaco un fenómeno insólito: cómo un museo modesto, el de Teruel, cuya colección es básicamente arqueológica, supo reinventarse como museo surrealista (el pretexto: ser esta la provincia natal de Buñuel) y de arte contemporáneo, en este segundo campo gracias a la colaboración con Endesa y sus becas.

También como algo insólito, la labor realizada por la Sala Robayeda de la pequeña localidad cántabra de Miengo, donde ha expuesto lo mejor de nuestro arte, bajo un prisma inteligentemente plural.

En la capital, del viejo Municipal, el de *Madrid D.F.*, se terminó desgajando el MAC, instalado en el Conde Duque. Museo con una colección interesante, con la ciudad en que se ubica como eje, y donde se está haciendo, con pocos medios, una buena programación. La última noticia relacionada con el mismo es que va a instalarse definitivamente en él el genial despacho de Ramón Gómez de la Serna. Pero el Ayuntamiento también se mueve hacia el Sur, hacia el Matadero.

Casi a la sombra del Conde Duque, abrió en 2010 el Museo ABC del Dibujo y la Ilustración, que cuenta como base con el iceberg de la riquísima colección de originales acumulados a lo largo de más de un siglo, pero que se abre a lo más actual.

Siempre en la capital, el Círculo de Bellas Artes, plataforma que evidentemente no se dedica sólo a las artes plásticas, ha mostrado cosas importantes: Goethe, Walter Benjamin, Arp, Le Corbusier, el constructivismo polaco y siempre en relación con ese país el raro Bruno Schulz, fotógrafos checos como Josef Sudek o Jindrich Styrsky, Henri Michaux, Brassai, Pierre Klossowski, Dubuffet, Hartung, poetas como César Moro o Mário Cesariny o Manuel Padorno... Recordar también el papel que durante los ochenta tuvieron sus talleres: una bocanada de aire fresco en el entonces rarefacto ambiente de la enseñanza del arte.

Pasando a los centros unipersonales, está claro que los dedicados a Picasso en Barcelona y Málaga se han consolidado, aunque ha sido incomprendible, este mismo año, la rancia polémica –casi le cuesta el puesto al director– que en el patronato del segundo motivó la muestra *Viñetas en el frente*, en torno al arte y la guerra civil, organizada conjuntamente por ambos. Las fundaciones dedicadas a Miró han funcionado muy bien la de Barcelona, con edificio de su amigo Josep-Lluís Sert, y una programación con momentos brillantes –un hito, en 2000: la retrospectiva de Rothko–, y mucho peor la de Palma de Mallorca, con edificio de Rafael Moneo, y una programación errática. La Tàpies, también en la capital catalana, ha obrado por el reconocimiento de la obra del gran artista, pero aunque cabe recordar alguna buena exposición (Picabia, Brassai, Kline, Asger Jorn, Broodthaers), su labor ha estado muy escorada a lo conceptual. El pequeño Museo Ramón Gaya de Murcia es modélico, por cómo va revisando la generación del 27, a la cual el autor de *Velázquez, pájaro solitario* perteneció. El maravilloso Centro Guerrero en Granada –ubicado frente a la torre de la Catedral, en lo alto de la cual el pintor tuvo su primer estudio–, la muy bien gestionada Fundación Gala Salvador Dalí en Figueras, el Museo Gustavo de Maeztu en Estella, el Romero de Torres en Córdoba, el Oteiza en Alzuza (edificio de Sáinz de Oiza, nuevamente), la Fundación César Manrique en Lanzarote –donde también tiene interés el MIAC, fundado por el artista–, el CDAN en Huesca –nucleado en torno a la obra del paisajista José Beulas, edificio de Moneo–, el Museo de Arte Contemporáneo Esteban Vicente en Segovia, la Fundación Luís Seoane en La Coruña, la Granell en Santiago de Com-

postela, la Antonio Pérez en Cuenca y San Clemente, la Barjola en Gijón, la Joan Brossa en Barcelona, la Luis González Robles en Alcalá de Henares, o la Josep Palau i Fabre en Caldes d'Estrac, son todas ellas instituciones que también funcionan, en líneas generales. Pero frente a estas, cuántas que no. Es una pena, por ejemplo, que no haya despegado la Díaz-Caneja, en Palencia, donde no hay ni director, ni –pese a algunos atisbos– una programación coherente. La Fundación Baltasar Lobo, en Zamora, no tiene sala de exposiciones temporales. Tampoco salen de un ámbito local museos tan interesantes como el Vázquez Díaz en Nerva, el Joaquín Peinado en Ronda o el Rafael Zabaleta en Quesada. La polémica política ha rodeado la reciente reapertura del Pablo Serrano en una Zaragoza donde tampoco el Pablo Gargallo se hace notar mucho. Es precioso el Espacio Torner en Cuenca, pero no tiene ni sitio ni medios para organizar actividades que le den vida. Apenas se oye hablar de lo que hacen el Museo Vostell en Malpartida de Cáceres, la Fundación Cristino de Vera en Santa Cruz de Tenerife, la Pepe Espaliú en Córdoba, la Juan Ismael en Fuerteventura, la Apel.les Fenosa en El Vendrell, la Laxeiro en Vigo...

Penosos han sido los últimos acontecimientos en torno al Centro Guerrero, y a Chillida-leku en Hernani. Si lo primero felizmente es pasado en vías de solución por los nuevos responsables políticos, lo segundo no se ha resuelto.

En el capítulo de las fundaciones de carácter generalista, destacan Mapfre en Madrid –excelente en el ámbito del simbolismo y del Novecientos, y de la fotografía–, Caixa Forum tanto aquí como en Barcelona, Caixa Catalunya en La Pedrera –Maillol, Malevich, Rodchenko, Josep Mompou, Gaya, Zoran Music, el pianista Ricardo Viñes–, Telefónica en Madrid –centrada en la fotografía–, Bancaja en Valencia –con gran colección picassiana, y otra de pintura europea contemporánea–, la CAM en Alicante, IberCaja y la CAI en Zaragoza, la Barrié de la Maza y Caixa Galicia en La Coruña, Caixa Nova en Vigo, Caja Ávila con el Palacio de los Serrano, Caja Astur en Gijón con el de Revillagigedo, la Botín en Santander donde pronto se empezará a construir un edificio de Renzo Piano. No alargo más la lista, pero evidentemente es mucho más larga. En Barcelona han surgido bastantes fundaciones: Metrònom, la Francisco Godia –entre cuyas exposiciones ha habido una sobre Barceló en las colecciones de la Ciudad Condal–, El Conventet, la Vila Casas... En Hospitalet de Llobregat está Tecla Sala. En Mataró, la Bassat, con sede en una nave industrial de Gaudí.

Una fórmula que ha funcionado es la de Caja Madrid con La Casa Encendida, título tomado del más célebre poemario de Luis Rosales. Espacio multimedia y joven, que no se parece a nada de lo que había antes de su apertura, y en el cual junto al último grito caben Ramón y Cajal, Antonin Artaud, el compositor Morton Feldman o Miguel Ángel Blanco y su *Biblioteca del Bosque* en diálogo con los pintores de la Sierra madrileña. También ha funcionado, en Gijón, Laboral, otro proyecto joven.

La programación más dura corresponde a la hiperactiva región de Murcia, algo paradójico dado que se trata de un gobierno de signo conservador. Parece de buen tono hacer, en arte, izquierdismo de salón.

Los certámenes artísticos son hoy tabla de salvación para bastantes artistas, pero varios –entre ellos el más dotado- han dejado de convocarse, y otros han menguado. Por ello hay que subrayar el caso de aquellos que en cambio se consolidan, como el de Valdepeñas, fundado en 1939, o el Salón de Otoño de Plasencia, dependiente de Caja Extremadura, y ahora convertido en Obra Abierta. En cuanto a los oficiales, desde 2004 en el caso del Nacional de Artes Plásticas, y desde 2008 en el del Velázquez, sólo se han premiado a artistas españoles (Nacho Criado, la ex-ZAJ Esther Ferrer, Muntadas que por cierto ha obtenido ya los dos, Carlos Pazos, Perejaume, un Santiago Sierra que rechazó el galardón, Valcárcel Medina...) y extranjeros (los brasileños Artur Barrio y Cildo Meireles, la colombiana Doris Salcedo) de línea conceptual, y en gran medida política, algo que quedó patente cuando la última de las nombradas dedicó buena parte de su discurso en el Prado, a criticar al gobierno de su país...

En cualquier caso, y para terminar con una nota optimista, creo que de lo relatado puede deducirse la conclusión que adelantaba casi al comienzo de estas líneas: que estamos mejor que “circa 1968”.

